

El cerro

Santiago González estaba decidido. Ahora sí. Iba a ir a la plaza, sacar a su madre del puesto de frutas y verduras, llevarla a la taberna de al lado, pedir dos cervezas y brindar. Ay, mamá, con esta sí, con esta sí que me caso. Y así lo hizo. Allí a los hombres que bebían solos les gritó: Fernanda Serrano me ha dicho que sí. Vivas y oles rompiendo el fandango que sonaba: *No siembres en tierra mala/ que puedes perder el grano*. Y en mitad del fandango la madre empezó a llorar, pero de pena porque ahora se quedaba solita, porque Santiago González era hijo único y porque Santiago González padre murió el año pasado. Los hombres ya no sabían si seguir con las palmas y el ruido o marcharse despacio a las casas con la mesa puesta y las mujeres y los hijos esperando.

Santiago González hijo también quería la comida caliente al llegar y los hijos, y Fernanda Serrano tenía el vientre exquisito de los veintidós años y le daba igual que el novio tuviese cincuenta. Le daba igual porque no conocía otra cosa, porque allí en la sierra todos los hombres estaban casados o trabajaban más allá de la frontera y a saber si los últimos no tenían veinte o treinta novias en la capital, y a ella la tensión de no saber qué pasa después del pueblo no le gustaba. Aunque ojos que no ven ya saben porque imaginan, y es cierto que a veces pensó en el hijo del herrero, un zagal bien guapo y cortés que le daba los buenos días todas las mañanas de lunes cuando ella iba a la plaza a comprar y el otro salía a esa tierra desconocida hasta las diez de la noche del viernes. Casi una semana entera. Qué podría pasar si ella supiera que no, que lo que hacía el hijo del herrero al otro lado era estudiar en la escuela de artes y oficios y trabajar por las tardes y por las noches llevando a los guiris a los tablaos, y que de novias nada porque no tenía ni tiempo ni interés en más nadie que en Fernanda Serrano, ahora con el vestido de novia que usó la hermana mayor, que estaba bien nuevo, de encaje finísimo y discreto, colgado en un brazo de la lámpara del dormitorio de sus padres, así en alto, para que no arrastrase y no hubiese que plancharlo.

Qué ojos, qué boca y qué piernas tenía Fernanda Serrano. Y qué trenza morena tan larga. ¿Y por qué en aquel pueblo nadie sabía nada de nadie? ¿Y si alguien le hubiera dicho a Fernanda Serrano que el hijo del herrero estaba loco de amor y temblaba? Porque eso se sabía, vaya. ¿Y si se lo hubiera dicho él mismo? Fernanda que yo todos los días de mi vida me quiero casar contigo. Es que allí, en aquel cerro, todo el mundo callaba porque parecía muerto.

La madre de Santiago González dejó de llorar y subieron la cuesta hasta el cementerio: Santiago González padre, que tu hijo se casa en un mes.

Tres días antes de la boda, el hijo del herrero fue a la ermita y se hincó de rodillas: Virgencita que Fernanda me quiera, Virgencita que Fernanda me quiera, Virgencita que Fernanda me quiera. Y al tercer Avemaría, allí, con los pantalones tan desgastados de clavar muy fuerte las rodillas y tan agotado de desearlo tanto, sintió el hijo del herrero que la Virgen haría un milagro.

Qué bonita estaba la iglesia, llenita de flores y lo que llovía y tronaba ese día, que media hora antes de la ceremonia un rayo partió un olivo. Qué guapa estaba la novia y cómo lucía el vestido de la hermana. Qué padres tan felices. Todos empapados y sentados en los bancos de madera engalanados con lazos blancos y ya entraba Santiago González del brazo de la madre triste a la espera de la espléndida Fernanda Serrano. Y allí, en el último tramo de la nave central, se sintió un trueno gordísimo. Y la iglesia empezó a temblar. Tanto tembló que se desplomó la cúpula del ábside, aplastando a la madre, al hijo y al cura. Y cuando los invitados corrieron de miedo y de pena y salieron a la lluvia, se desplomó toda la techumbre y todos los arcos y todos los pilares. Y el milagro se había hecho. Cómo lloraba esa novia cuando vio aquello.

Al año del desastre, el hijo del herrero se subió encima de una de las mesas de la taberna y allí a los hombres que bebían solos les gritó: me voy a llevar a Fernanda Serrano de aquí. Y los vivos y las palmas al compás de los tangos: *A la Virgen del Rosario/ velitas le he prometido/ si hace que tú me quieras/ como yo se lo he pedido*. La vida detrás de la frontera era una promesa de libertad.